



## ARTÍCULOS

UTOPIA Y PRAXIS LATINOAMERICANA – AÑO 19. N° 64 (ENERO-MARZO, 2014) PP. 67 - 82  
REVISTA INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA IBEROAMERICANA Y TEORÍA SOCIAL  
ISSN 1315-5216 ~ CESA – FACES – UNIVERSIDAD DEL ZULIA. MARACAIBO-VENEZUELA

# Antagonismo sin clases y clases sin antagonismo en Laclau

## Antagonism without Classes and Classes without Antagonism in Laclau

Marcelo GÓMEZ

*Universidad Nacional de Quilmes, Argentina.*

### RESUMEN

Uno de los nervios teóricos del trabajo de Ernesto Laclau es repensar la cuestión de la política sin los lastres de la tradición marxista entre los que se encuentra el concepto de clase. Sus preocupaciones por el populismo, los nuevos movimientos sociales, las políticas de identidad, etc., se inscriben en la búsqueda de los cimientos de una nueva conceptualización de la relación entre lo social y lo político no basada en las clases. Para ello libera todo el potencial del concepto de hegemonía, hasta ese momento atado por un cordón umbilical al dispositivo estructuras-clases, permitiendo rehabilitar la productividad social de lo político como sede de identidades y antagonismos. Este artículo pretende revisar la cuestión del desclasamiento en Laclau, señalar las dificultades de su enfoque centrado exclusivamente en el discurso, traer a colación algunos cambios que se operaron en la teoría de las clases que quedan fuera de su reflexión e interrogarse si hay que declarar extinguida la fuerza teórica del concepto "clase" a la luz de los aportes más recientes de la sociología.

**Palabras clave:** Laclau, hegemonía, antagonismos, clases sociales.

### ABSTRACT

One theoretical nerve in the work of Ernesto Laclau is to rethink the question of the politics without the ballast of the Marxist tradition, among which the concept of class is found. His concerns about populism, new social movements, the politics of identity, etc. are related to the quest for the foundations of a new conceptualization of the relation between what is social and political, not based on classes. To do this, Laclau releases all the potential of the concept of hegemony, hitherto attached by an umbilical cord to the structure-class device, making it possible to rehabilitate the social productivity of politics as a seat of identities and antagonisms. This article aims to review the issue of de-classing in Laclau, to point out the difficulties of his focus centered exclusively on discourse, to bring up some changes that operated in the theory of classes that remain outside his reflection and to inquire if the theoretical strength of the concept "class" should be declared extinct in the light of the most recent contributions of sociology.

**Keywords:** Laclau, hegemony, antagonisms, social classes

## INTRODUCCIÓN

Quizás la pérdida más “dolorosa” de la tradición marxista en el contexto del pensamiento crítico contemporáneo es el abandono de la noción de clase. Incluso uno podría abrir el interrogante si no es justamente esta cuestión la que permite separar –lo cual siempre es arbitrario– al ancho y diverso mundo del posmarxismo del aún más ancho y diverso mundo del neomarxismo<sup>1</sup>.

Laclau nos ofrece uno de los planteamientos más claros y contundentes de la ruptura con el concepto de clase en tanto categoría central de la comprensión de lo social. El desarrollo de la categoría clase en el pensamiento marxista se inscribe por completo en un dispositivo explicativo que objetiviza estructuras (relaciones de producción, leyes de la acumulación, etc.) tomadas como previas y condición de posibilidad de las relaciones sociales y convierte a los agentes sociales y sus luchas en puras mediaciones de una realidad más profunda que es su “secreto”. No hay en el marxismo lugar para que las clases sean teorizadas de otra forma que no sea como portadoras de una verdad más allá de sí mismas, “emisarias” de las estructuras. La noción de clase debe ser desechada simplemente porque se plantea como estéril: la historia siempre ocurre en última instancia a sus espaldas. En la pócima de este dispositivo se combinan dos venenos: un pseudo objetivismo positivista disfrazado de ciencia que Marx hereda de la economía clásica inglesa y una teleología disfrazada de dialéctica histórica que Marx hereda del idealismo hegeliano.

La clase como categoría “estructural” sometida a instancias que gozan de un privilegio ontológico ofrecía soluciones fáciles para pensar la política en términos de “lugares” en un espacio ya estructurado por la lucha de clases. La misma lógica que se usaba para pensar las clases como momentos puestos por las estructuras, o como lugares creados a sus propias espaldas, se usaba para pensar la política como un escenario preparado por la lucha de clases cuyos protagonistas no pasan de ser personificaciones de elementos prepolíticos (las clases). En definitiva, la inteligibilidad cartográfica de la política como problemática del “lugar” en un espacio ya estructurado, arroja una cruda devaluación teórica de la política y la consiguiente imposibilidad de pensar la especificidad de lo político.

La piedra angular que muestra la trayectoria teórica de Laclau es, creo, justamente repensar la cuestión de la política sin los lastres de la tradición marxista entre los que se encuentra el concepto de clase. El punto de apoyo de la palanca de su proyecto intelectual es el concepto de hegemonía de raíz gramsciana al que intenta radicalizar justamente depurándolo del contenido clasista que aún conservaba en Gramsci. Sus tempranas preocupaciones por el populismo, los nuevos movimientos sociales, las políticas de identidad, etc., pueden tomarse como intentos de usar los escombros de la demolición de las tradiciones del marxismo como los cimientos de una nueva conceptualización de la relación entre lo social y lo político no basada en las clases.

Sin dudas, el enorme mérito de Laclau es haber desatado una hecatombe teórica al liberar todo el potencial oculto tras el concepto de hegemonía, hasta ese momento fijado por un cordón umbilical al dispositivo estructuras-clases, permitiendo rehabilitar la productividad social de lo político como sede de identidades y antagonismos. Pero la fuerza cinética de esta hecatombe es de filiación posestructuralista: la demolición tiene por ariete exclusivo “el discurso”. Lo social se produce como discursividad y la política es tomada como lucha hegemónica, como plano articulador de la discursi-

1 La comparación entre R. Willams y E. Laclau permite ver esta frontera. Mientras el primero critica enfáticamente el análisis “trascendental” del marxismo ortodoxo justamente porque no hace justicia al concepto de clase, en Laclau el concepto de clase queda excluido explícitamente del dispositivo teórico fundamental.

vidad que constituye los antagonismos e identidades y mantiene la sociedad como un imposible necesario, es decir, como contingencia abierta a la lucha y al antagonismo. La preservación de esta "apertura" de lo social es lo que permite teorizar todavía sobre la "revolución" de nuestro tiempo, interpeándonos con desafíos inmensos, si queremos hacer un uso sociológico de las teorizaciones de Laclau.

Este artículo pretende hacerse cargo de algunos de ellos, proponiéndose revisar la cuestión del desclasamiento del discurso posmarxista en Laclau, preguntándose cuáles son los verdaderos límites del pensamiento clásico marxiano, traer a colación algunos cambios que se operaron en la teoría de las clases que quedan fuera de su reflexión, y cuestionarse si hay que declarar extinguida la fuerza teórica del concepto al examinar los aportes de la sociología.

## LAS MUERTES DE LAS CLASES

La misma historia del concepto "clase" tiene un cierto tono trágico: quien fuera su primer y genial promotor ¡falleció sin terminar el capítulo específico de *El Capital* que por primera vez iba a desarrollar sistemáticamente el tema! Un concepto muy atado a la potente tradición marxiana ha sufrido como ningún otro las contingencias históricas y políticas, haciendo que su destino parezca haber sido agonizar y resucitar una y otra vez. Categoría analítica destinada a vivir moribunda o morir saludable disfrutando de un eterno suplicio.

Es fácil encontrar en la "historia clínica" del concepto de clase tres etiologías fatales superpuestas... ¡sin que nadie se atreva a firmar el certificado de defunción!

A) Una muerte epistemológica. La objeción nominalista advierte desde siempre que el predicar el carácter real u objetivo de un atributo colectivo es sólo una manera de hablar. Partiendo de aquí el concepto de clase aborta o no llega a respirar nunca. La sociología empírica y profesional no obstante lo hace resucitar como "categoría" clasificatoria, vulgar herramienta heurística o forma de organizar estadísticas en escalas de estratificación, "manera de hablar sociológica", un mero recurso para hacer inteligible alguna otra cosa<sup>2</sup>.

B) Una muerte filosófica o ideológica. El concepto de clase ya había sido impugnado fuertemente por el anarquismo. El famoso anatema de Bakunin sobre la trilogía "Estado, Clase y Partido" como tres figuras intercambiables convertía a la clase en una categoría autoritaria y liberticida detrás de la cual se esconde la mutilación del individuo, de la libertad y del pensamiento<sup>3</sup>. La eficacia histórica de la clase se mantenía pero con su significado invertido: lejos de ser un apoyo para la emancipación humana era una nueva forma de reclusión del espíritu de rebelión<sup>4</sup>.

C) Una muerte social e histórica que abarca varios fenómenos que conviene repasar con cierto detalle. Si hacemos un breve repaso de los sucesivos golpes que pusieron a la clase en *Knock Out*, podemos mencionar: -la despolarización y el surgimiento de las clases medias dando por tierra

2 Es muy interesante el planteo de corte nominalista de PORTES, A (2003): "La persistente importancia de las clases: una interpretación nominalista", *Revista Estudios Sociológicos*, Vol. XXI n°. 61, México. Las clases no existen como colectivos reales pero son imprescindibles para entender casi todo y no son suficientes para entender casi nada.

3 GÓMEZ, M (2008): "Foucault y el pensamiento revolucionario. Observaciones acerca de los significados de la guerra". *Revista Bajo el Volcán*, Año 7, n° 13, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, pp. 81-102.

4 En cierto punto, la noción de "multitud" acuñada por los autonomistas italianos como P. Virno y A. Negri, renuevan la necesidad de superar filosóficamente el concepto de clase. En el mismo sentido también LACLAU, E (1987): *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. México, Siglo XXI, p. 168), analizaba el "encierro clasista" como el gran pecado histórico del movimiento obrero.

con las predicciones clásicas de pauperización y polarización habida cuenta de la elevación de los niveles de bienestar ya a fines del Siglo XIX; -el incremento del peso relativo de los empleos asalariados con tareas administrativas, técnicas y de supervisión (*white collars*) aún dentro mismo de las empresas industriales; -la llamada revolución managerial a mediados del Siglo XX, que tiende a separar la propiedad del control y a marcar la importancia de los niveles profesionales en la gestión de las empresas; y -la extensión de la propiedad financiera sobre las empresas, en las últimas décadas del Siglo XX, a través de fondos de pensión, seguros, inversores institucionales, por las que los ahorros o los aportes a la seguridad social de los trabajadores son convertidos en derechos sobre las propias empresas. Los mismos trabajadores serían simultáneamente dueños de la empresa, beneficiarios actuales o futuros de su excedente, y fuerza de trabajo que es explotada para obtener dicho excedente. Estos golpes fueron demoledores toda vez que fueron supuestos procesos estructurales los que causan el “desclasamiento”.

Pero además, se observa claramente en las últimas décadas una pérdida de peso explicativo de las posiciones de clase que van de la mano de cuatro fenómenos: 1) la ciudadanía y la integración política de carácter universal asociada al “desclasamiento” del voto, de las preferencias y orientaciones ideológicas y de la acción colectiva contestataria (nuevos movimientos sociales); 2) la expansión de la economía de servicios y el conocimiento o “posindustrialismo”; 3) las nuevas formas de organización del trabajo y la producción flexible o “posfordismo”; y 4) el cambio cultural hacia la individualización y la preeminencia de identidades sociales más ligadas al mundo del consumo que al de la producción o “posmodernismo”.

En definitiva, la despolarización y la heterogeneidad llevan a la muerte del esquema dicotómico, rompiendo el dispositivo del papel fundamental del concepto de clase en la historia, a saber: la lucha o el conflicto en torno a los fundamentos del orden social, en torno a las distribuciones fundamentales y a las reglas que ordenan la posición de los agentes. La aparición estelar de las clases medias potencia las letales inclinaciones nominalistas, sociologistas y neoanarquistas. El devenir del capitalismo posindustrial y global, la sociedad del conocimiento y los servicios, condena a la irrelevancia a las posiciones estructurales por demás mutables e inestables en las biografías de los sujetos.

Pero ¿qué es en verdad lo que muere? Aunque hay pocas dudas de que Marx ha sido el responsable de introducir la noción de clase con todo su esplendor explicativo (“la historia es la historia de la lucha de clases”), es el proyecto mismo de una comprensión “clásica” de lo social lo que entra en una decadencia que abarca mucho más que el marxismo.

La decadencia teórica de la clase hay que hallarla no tanto en la versión marxista sino a nivel de las propiedades formales que atribuimos al concepto. Es decir, no tanto empezar por el qué designa efectivamente, sino por el qué queremos designar con “clase”. Las formulaciones “clásicas” del concepto de clase social aluden a la forma del nexo entre los individuos/grupos y la totalidad social (economía, política, cultura) a través de su inserción posicional en la vida material. Estas propiedades formales fueron establecidas por las tradiciones intelectuales y académicas que erigieron a Marx y a Weber como sus padres fundadores. En Marx es el *locus* del trabajo y la producción la determinante de este nexo con la totalidad, y en Weber es el mercado o el ámbito del intercambio. En ambos casos, esta determinación es “anónima”, “impersonal”, “coerción estructural” de relaciones sociales forzadas por la “objetividad” de distribuciones diferenciales de determinados recursos y, con diversos alcances, explica la acción, la conciencia, las oportunidades de vida, el conflicto y finalmente el cambio social. Así el proyecto “clásico” de inteligibilidad de lo social oscilará entre la lectura weberiana de Marx y la marxiana de Weber que están unidas por un núcleo común que conforma la única intencionalidad analítica “legítima” de la categoría “clase”, es decir somete al concepto a una definición no de lo que designa sino de lo que debe designar: ciertos colectivos (“agregados”, “gru-

pos”) de gran escala (nacionales o supranacionales), y cuya fisonomía o morfología homogéneas viene determinada de manera principal por “relaciones impersonales” o anónimas de carácter coercitivo, donde los atributos y comportamientos de los agentes responden a uno o varios criterios “sistémicos”. En este sentido la tradición sociológica elemental evolucionaría hacia una utilización de la noción de clase como “efectos de estructura”, es decir, efectos “distributivos” sobre individuos y grupos de patrones perdurables, sistemáticos y regulares que no son productos de acciones intencionales o deliberadas, sino de “circunstancias independientes de la voluntad” (mercados, acumulación). Las distribuciones de agentes, sus prácticas (su “hacer”), sus creencias, obedecen a unas reglas que operan a sus espaldas.

Este proyecto ha ido envejeciendo al compás de cambios de ejes y contenidos, enfermando y agonizando una y otra vez. Sin embargo, hay que advertir que ni en Weber ni en Marx, aparece consumado este proyecto teórico, que luego sería investido con la dignidad de “pensamiento social clásico”. Sus verdaderas limitaciones no pasan estrictamente por la modelización que insinúan sino por las soluciones defectuosas que dan a las fronteras que ellos tuvieron el enorme mérito de descubrir.

Lejos del dogmatismo posterior, Marx realizó de manera dispersa importantes indicaciones acerca de la cuestión “ontológica” de la clase, es decir, acerca de qué tipo de objeto social es la clase, fuera de los esquemas objetivistas y deterministas del canon doctrinal posterior. A contramano de todo economicismo, Marx tenía una idea muy clara del efecto disolvente que las presiones estructurales de la acumulación tienen sobre los individuos y los colectivos. El ciego poder impersonal de las fuerzas desatadas de la acumulación lejos de agrupar a los individuos, de dotarlos de una identidad, mancomunidad en la acción, los separa y los enfrenta entre sí. Está muy lejos de considerar que estas fuerzas de por sí alcanzan para constituir clases e impulsar rebeliones. En sus trabajos histórico-periodísticos aparecen largamente analizados procesos de formación, lucha y alianzas de clases con una enorme riqueza de matices, bajo un apotegma bastante alejado del “proyecto clásico” de teorización de lo social: “Las clases se constituyen en la lucha”. Pero aún antes de estos trabajos y del mismo *Manifiesto Comunista*, en la crítica a la filosofía alemana poshegeliana esta concepción asoma nítida.

Los diferentes individuos sólo forman una clase en cuanto se ven obligados a sostener una lucha común contra otra clase, pues por lo demás ellos mismos se enfrentan unos con otros, hostilmente, en el plano de la competencia [...] la clase se sustantiva frente a los individuos que la forman [...] se ven absorbidos por ella [...] Ya hemos indicado que la absorción de los individuos por la clase se desarrolla hasta convertirse al mismo tiempo en una absorción por diversas ideas, etc<sup>5</sup>.

Los usos de una dialéctica hegeliana revisten un carácter por completo distinto al de una presdigitación teleológica y transhistórica de mediaciones que tan bien han denunciado Laclau y el posmarxismo. Es elocuente el hiato que separa “determinación estructural” y “lucha”. La primera es disolvente y opera a través de la competencia. Sólo la segunda permite la “sustancialización” de la clase. El colectivo clase puede advenir solamente del verse obligados a sostener una lucha común. En este caso el “verse” obligados no debe ser interpretado como una acentuación de la determinación por una exterioridad que sobrepasa su voluntad, sino por el apremio de otro colectivo que los afecta. La competencia alimenta el individualismo de los intereses sólo hasta que debe enfrentar el límite

5 MARX, C & ENGELS, F (1971). *La Ideología Alemana*. Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo, pp. 60-61.

impuesto por otras clases. La coerción estructural es refractaria a toda colectivización. Es el enfrentamiento contra otro colectivo, es decir las relaciones interclases, las que son claves para entender el proceso de constitución de clases que en el lenguaje de esta cita aparece como “sustancialización” de la clase frente a los individuos. En este punto, es muy clara la centralidad de la lucha de clases en la formación de clases y la afirmación fuerte que la consistencia de clase sólo aparece cuando la vida individual se encuentra atravesada por un conflicto colectivo frente a otras clases.

Weber no era menos consciente de esto que Marx: la “situación de mercado compartida” que coloca como criterio delimitador de clase inmediatamente termina con la posibilidad de asignarle algún tipo de consistencia interna y un papel socialmente activo. Las situaciones de mercado no son una base firme de “acción comunitaria” con eficacia histórica, sino solo una condición contingente.

Pero la solución que da a esto Weber difiere de la de Marx: la idea weberiana de “clase” recupera cierta importancia luego de haber sido estamentalizada (modos de vida comunes, estilos, cultura, etc.), y partidizada (organizada para ejercer poder) lo que la dota de continuidad intergeneracional en el tiempo, oportunidades y estilos de vida comunes, proyección política para sus intereses, etc. En definitiva la centralidad de la coerción estructural, de las fuerzas anónimas que someten a los individuos, es reducida por Weber primero a una “situación” compartida de valorización de mercado de ciertas posesiones, y luego moldeada por atributos contingentes como la cultura o los modos de vida como condición previa para atribuirle peso determinante en la historia o la política. Es curioso pero quien mejor plasma el viejo esquema “clase en sí-clase para sí”, es Weber. En vez de la estupidez de pensar el para sí como un simple adoctrinamiento a la manera de una epifanía a cargo de vanguardias trasmisoras de una “verdad” a la conciencia de las masas, Weber lo ve como proceso histórico complejo. Este esquema da lugar a toda una serie larga de sociologías “constructivistas”: las clases son conceptualmente fabricadas como actores que se van constituyendo a través de campos de inteligibilidad secuenciados (mercado/acumulación, comunidad, estilos de vida, tradiciones, cultura, ideología, política, etc.)<sup>6</sup>. Simplemente se produce una multiplicación refinada de efectos de enclausados cuyo término final era la lucha, el conflicto y el cambio social. La misma lógica que se aplicaba al campo económico, se replica en otros campos. El esquema clásico no estaba mal sino que pecaba de insuficiencia<sup>7</sup>. De manera algo ingenua no había un secreto sino muchos, y cuál era el más importante era una cuestión de gustos o de sesgo metodológico.

En todos los casos la multidimensionalización y la complejización oscurece lo más importante: la lucha, el conflicto, el antagonismo. Lo constitutivo aparece no como lo que explica, sino que es definido como “resultado”, como lo que hay que explicar. Nada clarifica más esta cuestión que el dicho de Foucault: en el marxismo se entiende muy bien lo que quiere decir clases pero “[...] nunca ha explicado satisfactoriamente [...] deja en silencio qué quiere decir lucha cuando se habla de lucha de clases”<sup>8</sup>. Aquí resalta claramente que “lucha” aparece como término subordinado a clases. Las cla-

6 La clase es genéticamente analizada como “desarrollo” partiendo de la estructura de clases, sigue un proceso de formación de clase, luego la conciencia de clase y por último la lucha de clases.

7 Bourdieu, Poulantzas, Dahrendorf, Goldthorpe, todos caen en esta misma serie. El caso más obscuro es el eclecticismo abominable de GIDDENS, A & HELD, D (1982). *Classes, Power and Conflict. Classical and Contemporary Debates*, Berkeley, Los Angeles, University of California Press, quien simplemente se limita a superponer “factores estructurantes” (propiedad, control técnico, autoridad, demografía, conciencia, etc.) como si fuesen filtros cuyo residuo final serían las “verdaderas” clases.

8 FOUCAULT, M (1994): *Dits et écrits*. Tomo 3. Paris, Gallimard, p. 310. (Trad., cast. nuestra). Sobre las críticas y reservas de Foucault a la idea de lucha de clases en el marxismo ver GÓMEZ, M (2008). *Op. cit.*

ses le darían a la lucha todo su contenido, presuponiendo como obviedad que las clases designan una “objetividad” social grávida de sentido y las luchas aparecen como su resultado necesario.

Extrañamente el posmarxismo, que tiene el singular mérito de romper con la *episteme* “clásica” y sus inercias, tiende a tomar como objeto de crítica al “Marx weberiano”, es decir al Marx que busca entender lo social desde “órdenes” presociales, y no al Marx cronista de su tiempo, sensible a las luchas en las que él mismo participaba. Tienden a desconocer las reflexiones del marxismo en términos de lucha como constitución de clases. Así, Laclau ataca al concepto marxista “estructural” de clase por esencialista y declara la destitución de la lucha de clases como fuente de inteligibilidad histórica privilegiada, y Žizek lo refuta defendiendo la vigencia de la lucha de clases aun compartiendo el mismo supuesto de que las clases son categorías esencialistas<sup>9</sup>.

El posmarxismo tiende a centrarse en “lucha” desarrollando la categoría de antagonismo pero para ello parece estar obligado a renunciar a las “clases” como un concepto que necesariamente subvierte o reduce el antagonismo a las estructuras.

### RECONCEPTUALIZANDO EL ANTAGONISMO

Si el proyecto es librar a la sociedad de las soberanías extrasociales de las estructuras, una inversión de la problemática del antagonismo<sup>10</sup> funge como operación teórica clave: el razonamiento posmarxista magníficamente desarrollado por Laclau es que si las estructuras se presentan como sedes primarias del antagonismo, es simplemente porque fueron inculcadas subrepticamente e ilegítimamente de “contradicción” por la contaminación hegeliana. Las estructuras que deberían ser estáticas y monótonas positivamente científicas descriptivas apenas arrastrándose sin vuelo por las menudas empirias, logran un dinamismo mesiánico merced a que son inyectadas antojadizamente del antagonismo teleologizado de la necesidad histórica, herencia hegeliana que necesita de una reconciliación totalizadora de lo social, un orden que garantice un final de intelegibilidad.

Haciéndose eco del perspicaz análisis de L. Colletti<sup>11</sup> que contrapone oposición lógica y oposición real por sus propiedades formales, Laclau denuncia la impropia atribución de características “lógicas” a oposiciones reales.

Colletti<sup>12</sup> parte de la distinción kantiana entre oposición real y contradicción lógica. En la primera cada uno de sus términos (A-B) tiene una positividad propia, independiente de su relación con el otro (v.g., el choque de dos vehículos). En la segunda, la relación de cada término con el otro agota la realidad de ambos (A- No A). Según el sano análisis kantiano la contradicción tiene lugar sólo a un nivel lógico-conceptual. Las contradicciones se dan entre términos que se excluyen necesariamente.

9 BUTLER, J; LACLAU, E & ŽIZEK, S (2004). *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, Buenos Aires, Ed. FCE., p. 106ss; 204ss; 321ss.

10 Problema omnipresente en todas las obras mayores de LACLAU (1987). *Op. cit.*, a la que le dedicó un capítulo entero, casi un anexo LACLAU, E (1985): “Tesis acerca de la forma hegemónica de la política” y Anexo “Ruptura populista y discurso”, in: LABASTIDAS, J et al (1985) (Coord.). *Hegemonía y Alternativas políticas en A. Latina, Siglo XXI*, México, y muchas páginas y referencias en otras obras, p. ej., LACLAU, E (2007). *La razón populista*, Buenos Aires, Ed. Fondo de Cultura Económica.

11 COLLETTI, L (1976). *El marxismo y Hegel*, Grijalbo, 1976.

12 Demás está decir que COLLETTI, L (1975). *Op. cit.*, trabaja sobre un texto del propio Marx, el “excurso sobre la dialéctica” (MARX, C (1978). “La crítica de la filosofía del Estado en Hegel”, in: *Obras de Marx y Engels*, Barcelona, Crítica-Grijalbo, pp. 110-111) que ya reconocía ampliamente este problema de la trasposición indebida de oposiciones reales como lógicas. En ese texto Marx pugnaba por abandonar el enfoque de las “cosas de la lógica” por el de la “lógica de las cosas”. Extrañamente Laclau es poco afecto a visitar este tipo de referencias de Marx.

te entre ellos para afirmarse (Ej.: polo Norte y polo Sur) en el que la identidad de uno es solo la negación del otro. El primer tipo de oposición, en cambio, tiene lugar en el campo de los objetos reales, ya que ningún objeto real agota su identidad en su oposición a otro objeto, sino que tiene una realidad propia, independientemente de aquélla.

De ahí Colletti concluye que si Hegel, en tanto filósofo idealista que reducía la realidad al concepto, podía introducir la contradicción en el seno de lo real, esto es incompatible con una filosofía materialista como el marxismo, que parte del carácter extramental de lo real. Los marxistas pues, habrían incurrido en una lamentable confusión al considerar los antagonismos como contradicciones<sup>13</sup>.

Los conceptos de relaciones de producción, y en última instancia de los opuestos reales designados tras las categorías de "Trabajo" y "Capital"<sup>14</sup>, están investidos indebidamente de "contradicciones" lógicas y, por tanto, imbuidos de una negatividad antagonica que no les corresponde. Por ello, puede afirmar que "las relaciones de producción son contradicción sin antagonismo y la lucha de clases es antagonismo sin contradicción"<sup>15</sup>.

Nada hay en la contradicción entre relaciones de producción/fuerzas productivas que lleve al enfrentamiento entre grupos y nada hay en la lucha de clases que remita a una contradicción necesaria que la fundamente. El primero exige un salto lógico no teorizado por el marxismo entre explotación y rebelión, el segundo supone una sobreteorización indebida de categorías abstractas.

Tomando las "clases" como personificaciones reales de fuerzas con necesidad lógica es que tanto Laclau como Colletti rechazan el esquema marxiano que sigue prisionero de las "cosas de la lógica", aunque ahora la sustancialización reciba el nombre de la "Ley del Valor" en vez de la Idea Absoluta. Pero mientras Colletti se refugia en un conformarse con las "clases realmente existentes" y sus oposiciones "reales" que lo llevan a cómodas posiciones "reformistas" que padecen la carencia de toda expectativa radical de emancipación, Laclau busca otro hogar "adecuado" para la negatividad: el discurso. La cuestión es, entonces, dónde y cómo reponer el antagonismo, no tirarlo por la borda junto con los esperpentos utopistas redentores disfrazados de dialéctica.

Así, si lo social se produce discursivamente, entonces hay lugar para el antagonismo, es decir, para oposiciones reales entre identidades en donde se preserve la lógica polarizadora de la contradicción.

En la medida en que consideremos las relaciones sociales desde el punto de vista de un paradigma naturalista, la contradicción está excluida. Pero en la medida en que las relaciones sociales se construyen discursivamente, la contradicción pasa a ser posible. Si la clásica noción de «objeto real» excluye la posibilidad de la contradicción, el carácter discursivo de lo social pasa a hacerla posible, ya que puede existir una relación de contradicción entre dos objetos de discurso. Sinonimia, metonimia, metáfora, no son formas de pensamiento que aporten un sen-

13 LACLAU (1987). *Op. cit.*, p. 209.

14 Aunque Laclau no lo formula nunca con estas dos categorías "sagradas" del marxismo, como si temiese blasfemar.

15 LACLAU, E (1993). "Poder y representación", in: POSTER, M (Ed). (1993). *Politics, Theory and Contemporary Culture*, Nueva York, Columbia University Press. (traducido por gentileza de Leandro Wolfson), p. 23.

tido segundo a una literalidad primaria a través de la cual las relaciones sociales se constituirían, sino que son parte del terreno primario mismo de constitución de lo social<sup>16</sup>.

Los enunciados son también parte de lo real y, en la medida en que existen empíricamente proposiciones contradictorias en el flujo de la vida social, las relaciones sociales con las que se corresponden también están atravesadas por la contradicción.

El ejemplo reiterado una y otra vez por Laclau<sup>17</sup> es muy claro al respecto: entre la situación de explotación de la clase obrera o la miseria material del campesinado y la resistencia o la rebelión existe un vacío sin solución de continuidad conceptual. Solo un exterior discursivo puede constituir una situación “objetiva” como “castigo divino” u “ofensa a Dios”, como “orden natural” o “padecimiento injusto” motor del enfrentamiento y la lucha. El antagonismo solo puede provenir de la articulación discursiva de la negatividad.

Pero la negatividad, los atributos de la contradicción que se conservan en el antagonismo, deben ser contruidos discursivamente como articulación contingente y no como derivaciones o transiciones puestas de momentos dialectizables. Aquí es donde talla la extraordinaria contribución de Laclau referida a la lógica de la equivalencia y la lógica de la diferencia. La negatividad es articulada discursivamente como amenaza a la identidad: el otro en su identidad es significado como un obstáculo a la consumación de la propia identidad, el otro pasa a ser antagonista cuando es significado como la negación de la propia identidad. La cadena de equivalencias se produce como una saturación de negaciones a través de las cuales se constituyen los sujetos colectivos. Cuando esa cadena logra convertirse en una articulación estable en torno a nodos de significación con sus propias fronteras, entonces entramos de lleno en la lucha hegemónica.

[...] es la lógica de la equivalencia la que introduce la negatividad en el campo de lo social. Esto implica que una formación sólo logra significarse a sí misma —es decir, constituirse como tal— transformando los límites en fronteras, constituyendo una cadena de equivalencias que construye a lo que está más allá sólo a través de la negatividad, de la división y del antagonismo<sup>18</sup>.

Esta lucha será polarizada y popular en tanto que las equivalencias tracen fronteras entre campos que se excluyen y definen recíprocamente, y será diferenciada y democrática en cuanto la negatividad quede inscrita en códigos que las hacen compatibles entre sí como diferencias, apelando a un campo homogéneo. Es por eso que la teoría del antagonismo es central en la concepción de Laclau y el populismo, los movimientos sociales y la hegemonía son temas típicamente desclausurados que están en el centro mismo de una ontología de lo social y lo político.

### **LOS DESCUIDOS TEÓRICOS Y EL RETORNO DE LO REPRIMIDO (LA CLASE)**

Sin dudas los aportes de Laclau son inmensos y sugestivos, toma temas nodales, va a la raíz de las cuestiones teóricas y no se detiene en minucias. En este sentido su posmarxismo podría decirse es intempestivo y radical. Nuestro aporte crítico va a tratar de no ir a la zaga.

16 LACLAU, E (1987). *Op. cit.*, p. 185ss.

17 LACLAU, E (1987). *Op. cit.*, p. 172s; LACLAU, E (1993). *Op. cit.*, p. 25.

18 LACLAU, E (1987). *Op. cit.*, p. 239.

## LA “DISCURSIVIZACIÓN” DEL ANTAGONISMO. COSTOS Y BENEFICIOS

El postulado metodológico del que parte Laclau es categórico:

Nuestro análisis rechaza la distinción entre prácticas discursivas y no discursivas y afirma: a) que todo objeto se constituye como objeto de discurso, en la medida en que ningún objeto se da al margen de toda superficie discursiva de emergencia; b) que toda distinción entre los que usualmente se denominan aspectos lingüísticos y prácticos (de acción) de una práctica social, o bien son distinciones incorrectas, o bien deben tener lugar como diferenciaciones internas a la producción social de sentido, que se estructura bajo la forma de totalidades discursivas<sup>19</sup>.

Sobre esto se pueden hacer numerosas consideraciones. La preeminencia ontológica del discurso sobre la práctica y “la objetividad” que es creada por el antagonismo, abre la puerta a algunas incongruencias.

A) Hay una objeción teórica de consistencia: si la subordinación se convierte en opresión sólo inscrita en un exterior discursivo constitutivo, entonces hay algo que se presupone previo o separado del discurso, planteando al menos una falta difusa de congruencia con el postulado metodológico de partida. ¿Qué sería de una “subordinación” prediscursiva?: ¿una materialidad informe, una nomenclatura que instaaura dualismos trascendentales e incognoscibilidades kantianas? La idea de que lo discursivo es exterior a “algo” corre el riesgo de convertir a ese algo en un “fantasma” pugnan-do por retornar, abusando de términos psicoanalíticos.

El problema se acentúa en “Las Nuevas Reflexiones” donde se lee de manera sorprendente “...antagonismo no significa que la relación en sí misma sea contradictoria”<sup>20</sup>. La alusión a “relación en sí misma” es desafortunadamente dualista y huele a objetividad presocial<sup>21</sup>. Para sacarnos las dudas unos párrafos después advierte que “no hay antagonismo como vendedor de la fuerza de trabajo” hasta que no haya resistencia. En otros puntos del texto aclara que tal resistencia “del vendedor de la fuerza de trabajo” se puede originar únicamente como fruto del discurso del bienestar y las aspiraciones al consumo que fungen como “exterior discursivo”. Cabe preguntarse entonces ¿la figura del “asalariado” sería algo misteriosamente prediscursivo y por tanto “no constituido”? y ¿la clase obrera sería constituida por el discurso del estado de bienestar? De ser así, el exterior discursivo constituyente remeda el exogenismo de la conciencia típicamente leninista, con la única diferencia que en vez de ser una mera trasposición pedagógica de una visión científica de la verdad, es una articulación contingente de significaciones sociales en pugna (lucha hegemónica). La forma externa del sentido respecto a la “cosa” remite a un nuevo trascendentalismo. El discursivismo posestructuralista invierte la tradicional figura marxista del hombre arrojado a un mundo “independiente de su voluntad” y lo convierte en un mundo arrojado al hombre semiotizante que no cesa de darle sentido siempre contingente<sup>22</sup>.

19 *Ibid.*, pp. 184-185.

20 LACLAU, E (2000). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión, p. 24.

21 Sin contar la chanza hegeliana que puede hacerse: rigurosamente hablando de una cosa “en sí misma” no se puede predicar ni saber nada. Si el en sí es incognoscible ¿cómo se podría afirmar que es incognoscible? refutaba a Kant.

22 La materialidad se convierte en una función discursiva. (Cfr. BUTLER, J; LACLAU, E & ŽIZEK, S (2004). *Op. cit.*, p. 102ss) le reclama a Laclau algo así como un “retorno a la inmediatez”, al reconocimiento de que no todos los significan-tes tienen la misma gravitación y que algunos son parte de la serie pero al mismo tiempo son los que ordenan la serie.

B) Por otro lado, ¿hasta qué punto el postulado metodológico discursivista no cae en autocontradicción? Si un discurso no puede estructurarse sino a partir de lo que expulsa, ¿qué pasa con un discurso que –por principio teórico– no expulsa nada? ¿no está acaso expulsando la expulsión misma? ¿no se convierte en un discurso que no logra constituirse respecto de lo real justamente porque lo retiene para sí, tratando que lo único real sea el discurso? Aceptando que es un enorme avance la formulación del antagonismo como algo que no puede ser prediscursivo, también hay que aceptar que ni siquiera “lo prediscursivo” puede ser prediscursivo. Entonces la formulación más justa sería que en Laclau el antagonismo está sujeto a un discurso que lo coloca fuera de algo que establece como anterior al discurso. Pero entonces, ¿todo discurso tiene que constituirse frente a una exterioridad excluida del mismo o como una exterioridad de otra cosa (lo real previo y por tanto “indeterminado”)?, ¿lo discursivo se constituye como no práctico, no real, etc. o, al revés, lo práctico-real se constituye como no discursivo?, ¿no es el discurso lo otro expulsado de lo real, sino lo real lo otro expulsado del discurso?

O el límite entre lo real (la subordinación, la explotación material, etc.) y el discurso que le da sentido (la rebelión) y lo hace posible como flujo de antagonismo social, pertenece al real y entonces el discurso es exterior, o pertenece al discurso y entonces el real es lo que se constituye como exterior. Laclau define como premisa metodológica lo segundo, pero luego al abordar el tema del antagonismo, lo desarrolla como lo primero, mostrando quizás un sedicente servilismo de la tiranía de lo real-material en tanto cosa “reprimida” que retorna fantasmal y distorsionada al discurso. En definitiva el planteo de Laclau parece no expulsar lo real-práctico-material sino que constituye al discurso como exterior a ello, que no es lo mismo<sup>23</sup>.

c) Una objeción histórica. Aunque los elevados niveles de abstracción filosófica a veces dificultan establecer condiciones de aplicabilidad concretas de estas categorías, es posible invocar una considerable cantidad de estudios históricos que ofrecen resultados algo alejados de lo que podría esperarse del planteo del antagonismo como exterioridad constitutiva. ¿Cómo explicar la rebelión cuando los antagonismos se constituyen por los mismos discursos que antes legitimaban y naturalizaban la opresión? Como demuestran los célebres estudios de Scott<sup>24</sup> sobre el arte de la resistencia, los dominados tienen un eximio uso de la discursividad que los domina y pueden invocarla para justificar la rebelión. Del mismo modo, Gramsci decía que las clases subalternas se caracterizan por la radicalidad de sus acciones y por el tradicionalismo y la moderación de sus ideas<sup>25</sup>. Todo indica que desde el punto de vista histórico y empírico es difícil explicar porqué solo algunos pocos “exteriores discursivos” logran convertir la opresión en rebelión y, aún más, porqué el antagonismo puede estar revestido por el mismo exterior discursivo que antes naturalizaba la subordinación.

## **LAS INSUFICIENCIAS EN LA CARACTERIZACIÓN DEL ANTAGONISMO**

El nivel de abstracción y el tipo de reflexión filosófica también tienen algunos costos en términos de simplificación y de esquematismo cuándo se trata de operarlas como categorías de análisis sociológico. En general cualquier fenómeno particular de lucha tiene matices y particularidades difi-

23 Como dice muy hegelianamente para otro propósito el mismo Laclau: la negación es al mismo tiempo reconocimiento de existencia de lo negado. La expulsión de lo real material obligaría también a reconocer su existencia y no sólo como pura preexistencia incognoscible en sí.

24 SCOTT, J (1990). *Domination and the arts of resistance: hidden transcripts*, N. Haven, Yale University.

25 En términos bourdieanos podríamos decir que el enfoque discursivista puede recaer en una hipertrofia explicativa o abuso conceptual del “capital simbólico”.

cilmente reductibles a un concepto estrecho de antagonismo. Así el antagonismo descrito al nivel de una ontología de lo social presenta cierta pobreza cuando se trata de caracterizar fenómenos sociohistóricos más concretos. La “negatividad” se representa como exclusiones recíprocas por cadenas de equivalencias que se repelen tendiendo a estabilizar una frontera nítida entre dos campos y con ello se cristalizaría discursivamente aquella propiedad lógica de la contradicción: las identidades tienden a definirse exclusivamente por su exclusión. Esto tiene la indudable ventaja de la simplicidad, y la indudable desventaja de la simplicidad: el único rasgo relevante sería la polarización. Curiosamente, hay aquí un rasgo hegelianizador que centra el análisis en cómo los polos se alimentan de la propia tensión. Solo pueden autoafirmarse negando al antagonista, pero la negación no podría caer en la supresión del antagonista sin riesgo de disolver la propia identidad.

En el antagonismo de una relación social se pueden encontrar más atributos descriptivos que entran en relaciones variables respecto a la negatividad vista como identidades que tienden a repeleerse y realimentarse por la negación recíproca. El marxismo analítico ha teorizado la cuestión de la explotación: la polarización que proviene de la apropiación asimétrica de los frutos del trabajo tiene un límite fijo ya que, a diferencia de las relaciones de opresión, el explotador depende necesariamente del trabajo y por tanto de algunas de las condiciones de existencia del explotado. Esto permite aplicarle algunos de los supuestos de la teoría de los juegos estratégicos ya que el explotado puede incorporar a “su juego” esta dependencia última del explotador e intentar luchar por reducir o anular las asimetrías. El explotado tiene a su alcance acciones que pueden afectar al explotador y, por tanto, existe un espacio de reciprocidad entre ambos polos además de la polaridad<sup>26</sup>.

En el marxismo en general aparece una ambigüedad en el tratamiento del antagonismo: por un lado cuando se abordan las leyes de la acumulación, el trabajo se reproduce como capital desdoblado (variable y constante) en una relación de oposición polarizada entre trabajo vivo y trabajo muerto, es decir como polos que se niegan y repelen en su unidad lógica. Por otro lado, muchos marxistas han incursionado en las formas en que las luchas de clases alteran o incluso definen las relaciones de dependencia, reciprocidad y asimetría entre explotadores y explotados, es decir, tomándola como una oposición real y no solamente lógica. Para ellos, la acumulación de capital no es un mecanismo cerrado, suturado en sí mismo, autosuficiente, y no puede ser tratado como simple contradicción lógica porque está abierto a la lucha. Desde este último punto de vista, es erróneo entonces pensar que las relaciones reales entre modo de producción y fuerzas productivas ofrecen contradicción “prediscursiva” sin antagonismo. El antagonismo es constitutivo también de las relaciones de producción y las fuerzas productivas. Es la separación, la previa escisión prediscursiva que hace Laclau entre modo de producción y lucha de clases la que hace posible presentar el antagonismo como oposición lógica, es decir como contradicción solo en el discurso.

Por otra parte, la negación identitaria no es la única forma de concebir el antagonismo y el antagonismo quizás tampoco sea la única fuente de lucha: la explotación puede incluir reciprocidades, la opresión indiferencia o ánimo de emulación, la subordinación admiración, el “narcisismo de las pequeñas diferencias” conducir al odio irreconciliable entre pares, etc.

En definitiva, lo que paradójicamente estaría ocurriendo es que el dispositivo de Laclau extrae el antagonismo de las “estructuras” prediscursivas con sus propiedades lógicas polarizadoras y lo traslada al mundo de las luchas discursivas que sería su verdadero hogar. En vez de haber un privile-

26 Por eso es curioso que Žizek pretenda defender la perspectiva de clase como única forma de no renunciar al anticapitalismo (Cfr. BUTLER, J; LACLAU, E & ŽIZEK, S (2004). *Op. cit.*, p. 102). En esto Laclau tiene razón, la lucha de clases es anticapitalista solo en las concepciones teleológicas hegelianizadas.

gio predeterminado estructuralmente para afincar el antagonismo, ahora este puede invadir la totalidad del campo discursivo y por tanto cualquier articulación discursiva potencialmente puede desarrollar el antagonismo. Las propiedades lógicas de lo que antes era la lucha de clases ahora pueden predicarse potencialmente de cualquier tipo de lucha y, canónicamente, el populismo sería la fórmula hiperbólica, de esta tesis. La liberación del antagonismo de las ataduras de las estructuras prediscursivas hace que la lucha de clases no sea tan importante, simplemente porque todo puede convertirse en luchas que desarrollen el mismo tipo de antagonismo con las mismas propiedades que tenía la vieja lucha de clases. La sombra de una posible sustitución clase obrera/pueblo o clase obrera/movimientos sociales se convierte en una perspectiva real.

Así, Laclau<sup>27</sup> plantea la clase como una “política de identidad más” pero las políticas de identidad fueron previamente investidas de los mismos atributos que la vieja política clasista: portadores de radicalización de los antagonismos. El lugar paradigmático del populismo como “verdadero” antagonismo—en tanto auténticamente contingente y no forzado por la mediaciones dialécticas—generado a partir de la lógica equivalencial le permite salvar el lugar sagrado de la tradición marxista como “identidad subversiva radical”.

### RESUCITANDO EL CONCEPTO DE CLASE

La sociedad constituida por antagonismos y éstos por discursos e identidades trucas en pugna, solo pueden contraponerse al concepto “clásico” de clase: la materialidad vista como realidades estructurales con efectos distributivos, políticos e ideológicos. ¿Qué pasaría si las clases fueran otra cosa, si la materialidad fuese vista de forma distinta?, ¿si el antagonismo no fuese solo efecto discursivo?:

a) El recurso a “estructuras” y factores presociales con efectos distributivos, propios del paradigma clásico de comprensión de lo social, en realidad nos desvía respecto de la especificidad del concepto de clase y lo que promete conceptualmente como ruptura en la intelección de lo social. Según este esquema, las clases serían castas o estamentos “disimulados”: sistemas de diferencias rígidas pero en vez de sancionadas por una autoridad, emanadas manifiestamente de una creencia religiosa o de una tradición que garantizarían su armonía final, serían producto de “fuerzas terrenales ocultas” desatadas (los mercados, la acumulación) cuyo sentido final sólo sería accesible para algunas inteligencias privilegiadas. Lo primero que hay que entender al hablar de clase es que su campo específico de alcance es el de las coerciones a las que están sometidos los individuos y que esta coerción tiene la propiedad analítica de no adscribir a las personas o cualesquiera que sean sus rasgos personales. La coerción es “estructural” justamente porque es completamente indiferente a las características personales del individuo. Sólo en tanto es posible un desdoblamiento de este tipo —por la abolición de las prescripciones y adscripciones de las sociedades precapitalistas— es que puede predicarse la eficacia causal de la clase<sup>28</sup>. Únicamente en la medida en que se suprime toda forma de atribución de posiciones normativa o prescriptiva es que existe la perspectiva de clase como organizador de la vida social: lo que los hombres tienen (tanto en términos materiales como no

27 Cfr. BUTLER, J; LACLAU, E & ŽIZEK, S (2004). *Op. cit.*, p. 205.

28 La disociación entre persona y clase plantea una especificidad histórica que la separa de las formas estamentales de diferenciación social: “En el estamento (y más todavía en la tribu) esto se mantiene aún velado. En el capitalismo no es que dejen de ser personas sino que su personalidad se halla muy condicionada por relaciones de clase muy concretas y la diferencia se pone de manifiesto en contraposición con otra clase y con respecto a esta...”. (MARX, C & ENGELS F (1971). *Op. cit.*, p. 89).

materiales) depende no de reglas distributivas fijas sostenidas ex ante, sino del resultado del obrar propio sobre los demás y de los demás sobre el propio. En sociedades donde no hay prescripción de diferenciaciones adscriptivas que atan a la persona a la posición, ni tampoco puramente lucrativas, ya que no responde al mero “tener” sino a lo que se hace con lo que se tiene<sup>29</sup>, los hombres tienden a pensarse y organizar su vida en función de lo que “tienen” que hacer con lo que tienen y eso es un tipo de “comprensión” necesariamente “clasista” de la vida social. La clase aparece cada vez que un sujeto tiene que calcular las consecuencias de su hacer frente al hacer de otros, tomando en cuenta su tener frente al tener de los otros. En las sociedades no clasistas el tener viene atado necesariamente al ser<sup>30</sup>, en las sociedades clasistas el poder coercitivo sobre otros no proviene de cualidades intrínsecas de las posesiones, del mero “tener” como remedo totémico de fuerzas supramundanas, sino que lo que se tiene solo asume un valor en relación a las acciones que se llevan adelante con ello, y estas acciones solo asumen un valor frente a otras acciones que se le oponen. Las acciones clasistas tienen como campo de aplicación las propiedades de las relaciones que ligan a los agentes en pugna: la asimetría, la dependencia, la reciprocidad, la subordinación<sup>31</sup>. En la perspectiva clasista de comprensión de lo social, los hombres dirimen el lazo social operando sobre las propiedades de dicho lazo. Sería por completo empobrecedor reducir este “hacer” al discurso o al sentido articulado por el discurso, ya que todo discurso se constituye también en relación a los actos o acciones no discursivas que lo validan<sup>32</sup>.

Lo importante del concepto de clase no era lo que lo unía a las formas arcaicas de diferenciación social (estamentos, castas) sino lo que lo separaba de ellas. Si la problemática de las clases pasa a ser vista no cómo herencia de estamentos y castas, no como un nuevo contenido para la misma forma que ellas expresan —una exterioridad presocial que ordena y jerarquiza— sino cómo una “respuesta” totalmente distinta al problema del orden, entonces se puede entender que “lucha” y “movilidad” sean los rasgos centrales del concepto, en tanto son formas de usufructo de la cualidad de “apertura” no adscriptiva de las fronteras que diferencian, oponen y dividen. Entonces el concepto

- 29 Es fundamental aquí el aporte de Bourdieu con su categoría de “conversión” entre tipos distintos de capitales y sus subespecies. La posibilidad de que el tener no se remita a una monótona perpetuación de distribuciones iniciales de lo mismo introduce un dinamismo esencial al concepto.
- 30 Obsérvese que las teorías clásicas weberianas o marxistas simplemente reemplazan al ser por el estar (en una posición estructural) pero no modifica la relación lógica entre los términos.
- 31 También pueden encontrarse importantes sugerencias acerca de las propiedades relacionales que son objeto de la lucha de clases en SAVAGE, M; WARDE, A. & DEVINE, F (2005). “Capitals, assets, and resources, some critical issues”, in: *The British Journal of Sociology*, Volume nº 56, Issue 1; HALL, J (1997). “The reworking of class analysis”, in: HALL, J (Comp.) (1997). *Reworking Class*, Cornell University, pp. 1-39; LEE, D & TURNER, B (Comp.) (1996). *Conflicts about Class*, New York, Longman, y en el conocido trabajo de ROEMER, J (1989). *Teoría general de la explotación y de las clases*, Madrid, Siglo XXI. Si las propiedades relacionales son el objeto privilegiado de la lucha, entonces toda estabilidad es relativa: si la disponibilidad de mano de obra es infinita y los costos para sustituirla son menores a mantenerla, la explotación capitalista deriva en lisa y llana opresión como lo demuestran mil veces las empresas transnacionales en todo el mundo. Si los oprimidos se organizan y encuentran formas eficientes de combatirlos es probable que la opresión se convierta en explotación y si además son capaces de aprovechar dependencias y reciprocidades, se puede convertir en negociación de mutuos beneficios, a veces a expensas de un tercero. Si además son capaces de desarrollar identidad y logran hegemonizar el campo simbólico legitimando formas propias de organización social incompatibles con esas empresas es posible que logren expulsarlas, etc. Es decir, el antagonismo mismo en sus múltiples formas (explotación, opresión, subordinación) es inestable, no solo las relaciones sociales institucionalizadas.
- 32 Un módulo discursivo típico de la retórica de la lucha social es ubicar fuera del discurso su “verdad”: “una acción vale más que mil palabras” (M. L. King); “mejor que decir es hacer...” (J. Peron); “una verdadera crítica es una acción al revés” (Mao). El primero en reclamar prioridad para la “praxis” alejada de lo discursivo es el discurso movilizador. La validación por una realidad exterior es un imperativo del “exterior discursivo” constituyente mismo.

mismo de clase es inseparable del antagonismo sin tener que esperar que aquel venga derivado necesariamente ni de estructuras preestablecidas ni de efectos discursivos contingentes<sup>33</sup>.

El concepto de antagonismo es esencialmente solidario al de clase, en tanto la clase remite a agentes que desarrollan prácticas de movilidad y lucha. Tanto la lucha como la movilidad pueden ser encaradas como acciones estratégicas sobre las constricciones y acciones de otros grupos o clases. Para un análisis clasista las distribuciones no pueden ser otra cosa que resultados inestables de conflictos individuales o colectivos por cambiar o suprimir las reglas legitimadas o condiciones naturalizadas de esa distribución. El principio nuevo que traen las clases es justamente la restitución de lo agonístico: la movilidad y la lucha, la no aceptación de ningún emplazamiento dado. La clase no son grupos, ni condiciones nominales de inteligibilidad de algo, no son posiciones, ni son agregados, tampoco son identidades, son el horizonte real donde el hombre contemporáneo dirige sus relaciones de antagonismo. Pero el antagonismo que los agentes desarrollan en las sociedades de clases justamente consiste en intentar soliviantar todas las formas estables de enclasmientos y, por tanto, la acción clasista es fundamentalmente aporética: se emplaza en un lugar solamente para salir de él. Si la clase es movilidad y lucha, la clase nunca puede dejar de ser fugitiva de sí misma: nadie sometido a explotación u opresión lucha para mantenerse en esa situación y los opresores y explotadores no pueden asumir ese lugar de enunciación clasista sino que tratan por todos los medios de disfrazarse de víctimas. La colectivización en torno a identidades clasistas es sumamente complicada. El feminismo, el movimiento por los derechos civiles, el ecologismo, por ej., tienen todo tipo de determinaciones y efectos clasistas<sup>34</sup>—antagonismos en torno a asimetrías, dependencias, subordinación—sin por eso convertirse en movimientos clasistas. Así, las identidades clasistas fijas suelen ser bastante estériles políticamente y es por ello que el concepto de hegemonía es tan importante<sup>35</sup>.

b) Pero además de los antagonismos que pueden estudiarse a partir de la apertura del concepto de clase y el respeto a su especificidad, también es posible y necesario analizar aunque sea brevemente la importancia del discurso clasista (cuya principal versión es el marxismo doctrinal) en

33 Curiosamente el primero en acercarse a una comprensión de este tipo, concibiendo las clases como prácticas antagonísticas, como realidades puramente relacionales, fue un estructuralista fundamentalista, N. Poulantzas, quien extrajo por primera vez a las clases de la problemática de las estructuras y las inscribió teóricamente en el campo de las relaciones sociales.

34 El intento de convertir las luchas de derechos civiles como pugnas por reconocimientos a la “dignidad” de la raza negra, cancelando barreras discriminatorias, fue desde siempre combatido por Martin Luther King quien en su última etapa de lucha se mudó al gueto negro de Chicago, gesto que intentaba “materializar” la lucha. De la misma forma, el cuidado del medioambiente no es una demanda de altruismo sobrehumano o expresión de cariño a los animales y plantas, sino de resistencia a la transferencia de la externalización de costos materiales intergeneracionales de la gran sociedad de consumo. Las rebeliones antiautoritarias estudiantiles, no son expresiones de molestia por los rigores de las instituciones y estilos de mando, sino que producen renuncias en las Universidades, cambios en los estatutos, nuevos derechos para los estudiantes, ampliaciones en la distribución de capital educativo y cultural, etc. Las luchas contraculturales han abierto nuevos mercados inmensos de consumo de bienes simbólicos (rock, cultura juvenil, arte moderno, etc.) y no tan simbólicos (anticonceptivos, psicofármacos, drogas ilegales, comida naturista, negocios inmobiliarios congruentes con nuevos estilos de vida, etc.). Todo ello reorganiza el campo de poderes materiales y no materiales. Hoy sabemos que las luchas pacifistas y por los DDHH han impactado, modificado decisiones políticas, tácticas militares y, sobre todo, las formas mediáticas de mostrar la guerra o de buscar consenso para la represión. Ambos movimientos constituyen intentos de intervención y veto sobre el núcleo del poder de las clases dominantes: la violencia física. Con ello han producido un cambio generalizado del contexto para el conjunto de las luchas sociales e incluso también han logrado algunos efectos en el campo geopolítico.

35 ¿Quién dijo que las clases quieren ser clases? Analíticamente es perfectamente posible que las clases se constituyan a través de identidades y “exteriores discursivos” no clasistas. El análisis clasista no da por resultado identidades colectivas clasistas, sino generalmente todo lo contrario: a las clases les resulta generalmente inconveniente presentarse como “clases” a los efectos de la lucha hegemónica. La clase no significa política clasista o identidades clasistas en forma alguna.

tanto “exterior constitutivo” de identidad. ¿Qué clase de efectos de sentido produce un discurso que fija la explicación de las diferencias en sesgos estructuralmente determinados? Laclau mostraba brillantemente que este tipo de discurso rompía la cadena de equivalencias facilitaba su inscripción en la lógica diferencial de la institucionalización de reclamos parciales, causando el posible aislamiento y la falta de proyección política de la movilización obrera.

Acá solamente hay que subrayar algo previo e igualmente importante: el discurso clasista, el marco de comprensión clasista donde las diferencias y los antagonismos se explican por sesgos sistemáticos en las reglas, por coerciones impersonales de efectos asimétricos, permite legitimar la lucha y la movilidad sin atarla a otras coerciones fijas (morales, religiosas, tradicionales, sexistas, etc.). Las coerciones impersonales al formar parte del dispositivo clasista y no de otros dispositivos de subordinación, se convierten en abiertos a la lucha, la movilidad y la discusión de su legitimidad. La clase abre la perspectiva de la no aceptación, del hacer frente a la coerción estructural objetiva. Es decir, la clase podría verse como “un exterior discursivo” por definición anticonformista e igualitarista de modo análogo a que lo es la democracia. La perspectiva clasista abre en la práctica la discusión de la legitimidad del orden social y sus reglas distributivas, mucho más que su naturalización y fijación. Estamos muy lejos de la antinomia planteada por Laclau clase/estructura vs. democracia/discursivo/multicultural.

## CONCLUSIÓN

La clase no es la aceptación sino la liberación de las codificaciones extrasociales (incluidas las supuestamente económicas) de las relaciones de posesión. Diferenciación clasista y estado democrático van de la mano ya que las diferenciaciones clasistas como las democráticas no se basan en nada (presocial) que no sea lo que los hombres entre sí luchan por lograr. Si estamentos y castas fijan diferencias y fronteras deslegitimando cualquier hacer que las amenace, las diferencias clasistas se producen en la lucha por eliminarlas. Muy lejos de legitimar las diferencias de clase, la sociedad de clases legitima la lucha y la movilidad como única forma de establecer diferencias o equivalencias legítimas de manera provisoria y contingente. El orden democrático convierte a la política en un campo de colectivizaciones en lucha por modificar las propiedades relacionales (asimetrías, reciprocidades, dependencias) que unen a individuos y grupos entre sí. Es por eso que para aquellos que carecen o están en inferioridad de condiciones en la disponibilidad de otros recursos de intervención (capital económico, social, cultural) sobre estas propiedades abiertas del lazo social, la política pueda constituir *a fortiori* su apuesta colectiva y toma de posición principal, y que solo en la democracia en tanto campo político que “homogeneiza” a los agentes a través del voto y las garantías universales, las clases subalternas impiden la sutura (estamentalización, encastamiento, naturalización) del orden social. Democracia y clases son afines en tanto liberación de la producción de la sociedad como antagonismos.

En definitiva, los desarrollos de Laclau nos dejan preguntas de un orden superior: si la materialidad objetiva ya no puede constituir el antagonismo, ¿es posible un rechazo no discursivista del marxismo objetivista-estructuralista?; ¿el dominio del discurso sobre las prácticas y la “noumenización” de las condiciones materiales de existencia, dejan como única alternativa una subjetividad desclasada y un desclasamiento del sujeto?; ¿al descartar al concepto de clase junto con la antigüalla marxista no estará tirando el bebé con el agua sucia?